EL PUEBLO ARAUCANO Y OTROS ABORIGENES EN LA LITERATURA CHILENA

POR

LAUTARO YANKAS

Homenaje a don Alonso de Ercilla y Zúñiga en el cuarto centenario de la publicación de «La Araucana».

Al iniciar nuestra perspectiva de la literatura chilena inspirada en el aborigen, sepamos desde luego qué fuerza de sugestión sensorial o recóndita, o todo esto junto, recibió el espíritu del hombre que pudo expresarse en la epístola, la crónica, el poema o el relato, desde los tiempos de la Conquista.

Los primeros escritos conocidos dan testimonio de tal poder incitante, así en tierras de Chile como en otras del continente descubierto por la España del siglo XV. Luis Alberto Sánchez expresa en su obra *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana:* «El indio actúa en nuestra literatura desde el instante mismo en que existió América poblada y hablante. Es la mayor preocupación de los europeos apenas sientan las plantas en nuestro territorio.» Anotemos de paso, entre muchos otros, al relevante Bartolomé de las Casas (1475-1566) en México, quien eslabona con fervor de queja su *Destrucción de las Indias,* fechado en 1552. Más tarde aparece el Inca Garcilaso de la Vega con sus *Comentarios del Perú,* y no olvidemos a Felipe Huamán Poma de Ayala, autor de *Nueva Crónica y Buen Gobierno,* obra destinada a la defensa y reivindicación del aborigen humillado y envilecido por el conquistador. Sin embargo, en su mayoría, los cronistas de la conquista hispana escribían por mandato del amo y en contra del nativo americano.

Existe consenso de que es don Pedro de Valdivia, el capitán gobernador, quien inicia en Chile la interpretación literaria del indio en sus cartas dirigidas al rey Carlos V, al Consejo de Indias y al virrey del Perú. El capitán, por razones de vasallaje, de urgencias de su Gobierno y otras humanamente válidas, supo elevar el tono de su prosa y enriquecerla con expresivas y renovadas imágenes de estas tierras; describe a sus habitantes con trazos, color y juicio dignos de avezado cronista. Sus cartas descubren la odisea, a ratos pavorosa y macabra,

desmenuzan episodios, describen escenarios y en conjunto perfilan el rostro del mundo americano, su infinitud y su apasionante misterio donde el nativo acecha, hostiga, ataca y se desvanece con la agilidad del puma y del espectro. En esas páginas amarillas, ya pardas por la herrumbre, bulle el carácter de la Conquista, milagro insólito de voluntad imperiosa, fervor y sacrificio estoico, hecho posible para desbaratar la indivisible trilogía del hambre, la enfermedad y la muerte aviesa.

Observemos el escenario bélico:

> Torné a pasar el río de Nibequetén (el Laja), e fui hacia la costa por el Biobiú abajo; asenté media legua dél en un valle, cabe unas lagunas de agua dulce, para de allí buscar la mejor comarca. Estuve allí dos días mirando sitios, no descuidándome en la guarda, que la mitad velábamos la media noche, y la otra, la otra media. La segunda noche, en rendiendo la primera vela, vinieron sobre nosotros gran cantidad de indios, que pasaban de veinte mill; acometiéronnos por la una parte, porque la laguna nos defendía de la otra, tres escuadrones bien grandes, con tan gran ímpetu y alarido, que parecía hundir la tierra, y comenzaron a pelear de tal manera, que prometo mi fee, que ha treinta años que sirvo a V.M. y he peleado contra muchas naciones, y nunca tal tesón de gente he visto jamás en el pelear, como estos indios tuvieron contra nosotros, que en espacio de cuatro horas no podía entrar con ciento de caballo al un escuadrón, y ya que entrábamos algunas veces, era tanta la gente de armar enastadas e mazas, que no podían los cristianos hacer a sus caballos arrostrar a los indios. Y desta manera peleamos el tiempo que tengo dicho, e viendo que los caballos no se podían meter entre los indios, arremetían la gente de pie a ellos. Y como fui dentro en su escuadrón y los comenzamos a herir, sintiendo entre sí las espadas, que no andaban perezosas, a la mala obra que les hacían, se desbaraton. Hiriéronme sesenta caballos y otros tantos cristianos, de flechazos e botes de lanza, aunque unos e otros no podían estar mejor armados... y en lo que quedó de la noche y otro día no se entendió sino en curar hombres y caballos. E yo fui a mirar donde había los años pasados determinado de poblar, que es legua e media más atrás del río grande que digo de Biobíu, en un puerto e bahya, el mejor que hay en Indias, y un río grande por un cabo que entra en la mar, de la mejor pesquería del mundo, de mucha sardina, céfalos, tuninas, merluzas, lampreas, lenguados y otros mil géneros de pescados, y por la otra otro riachuelo pequeño, que corre todo el año, de muy delgada e clara agua. (Carta VIII, al emperador Carlos V.)

Más adelante, esta imagen bucólica:

> Lo que puedo decir con verdad de la bondad desta tierra es, que cuantos vasallos de V.M. están en ella y han visto la Nueva España, decir ser mucha más cantidad de gente que la de allá; es toda un pueblo e una sementera y una mina de oro próspera de ganado como lo del Perú, con una lana que le arrastra por el suelo; abundosa de todos

> los mantenimientos que siembran los indios para su sustentación, así como maíz, papas, quinua, mare, ají y frisoles. La gente es crecida, doméstica y amigable y blanca y de lindos rostros, así hombres como mujeres, vestidos todos de lana a su modo, aunque los vestidos son algo groseros. Tienen muy gran temor a los caballos; aman en demasía los hijos e mujeres e las casas, las cuales tienen muy bien hechas y fuertes con grandes tablazones, y muchas muy grandes y de a dos, cuatro y ocho puertas; tiénenlas llenas de todo género de comida y lana; tienen muchas y muy polidas vasijas de barro y madera; son grandísimos labradores y tan grandes bebedores; el derecho dellos está en las armas, y así las tienen todos en sus casas y muy a punto para se defender de sus vecinos y ofender al que menos puede... (Carta IX al emperador Carlos V.)

La arcaica prosa del Medievo, ya asomada al Renacimiento, se libera en milagro de frescura al contacto con la tierra virginal de América, lo que da al epistolario el sesgo de la nacionalidad surgente.

Ateniéndonos a la expresión literaria más que a la crónica informativa un si es o no es verídica, acotemos la sugerente visión de esta tierra y su pueblo lograda por el jesuita Alonso de Ovalle, en su *Histórica relación del Reino de Chile,* donde la plena belleza del paisaje supera el enfoque del indígena hecho con más fantasía que verdad, pese a lo pintoresco de muchas escenas atingentes con los ritos bárbaros.

Citaremos sólo a cronistas y anotadores como Alonso Góngora y Marmolejo, Pedro Marino de Lobera y Diego Rosales, autor este último de la monumental *Historia general del Reino de Chile,* integrada en diez libros, dedicado el primero exclusivamente a los aborígenes. Ponderado y penetrante, Rosales nos deja una visión seria de las cosas y sucesos de Chile.

Sitio aparte merece la crónica novelada de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán: *El cautiverio feliz,* en cuyas páginas se alterna la prosa descriptiva, a veces plena de dramatismo con el verso trabajado en el noble cuño del Siglo de Oro o bajo el hechizo de la poesía latina y del acervo bíblico. Mariano Latorre, en su *Literatura de Chile,* lo enjuicia con agudeza:

> Dominaba Pineda y Bascuñán el castellano. Se advierte en su prosa, como en la de Ovalle, la fluidez de los períodos, la claridad de la sintaxis, cualidades que distinguen la prosa chilena de la peninsular; en el fondo, la modalidad criolla del estilo castellano. Ante todo, la pérdida de la altisonancia, tan típica de los prosistas españoles.

Por su prosa delicada y limpia, vale ser transcrita esta escena en que el cautivo sorprende a la hija del cacique en la poza en que se baña:

Contemplemos un rato la tentación tan fuerte que en semejante lance el espíritu maligno me puso por delante: a una mujer desnuda, blanca y limpia, con unos ojos negros y espaciosos, las pestañas largas, cejas en arco, que del Cupido dios tiraban flechas, el cabello tan largo y tan tupido, que le pudo servir de corbetera, tendido por delante hasta las piernas y otras particulares circunstancias que fueron suficientes por entonces a arrastrarme los sentidos y el espíritu; que al más atento y justo puede turbar el ánimo una mujer desnuda, como le sucedió al Rey Profeta, que vió lavarse a una mujer sin velos, y le llevó no tan solamente la vista de los ojos, pero también los afectos íntimos del alma en cuya ocasión, a este propósito, dijo un curial los siguientes versos:

Porque la mujer desnuda
cosa delicada es,
ha de estar entre vidrieras,
porque el aire no la dé.

Mas, después de haber experimentado lo que es la mujer en carnes, trocara yo los versos de esta suerte:

Porque la mujer desnuda
cosa perniciosa es,
ha de estar entre paredes,
porque no la puedan ver.

Y esto sería lo más seguro para no poner tropiezos a nuestra fragilidad humana.

☆

Quiso el destino que las guerras de Arauco y la inaudita entereza del indígena no se quedaran en el menudo alcance de la crónica o en las sesudas estancias de la historia como meros testimonios de tres siglos de contienda. Habiendo don Alonso de Ercilla y Zúñiga, paje del príncipe Felipe —el hijo de Carlos V—, colmado el vaso de la aventura juvenil durante sus viajes por la Europa convulsionada y guerrera, oye hablar en Londres, donde se encuentra acompañando a su señor, de un nuevo alzamiento de los araucanos. Era el año 1554. Esa lejanía de sueño, que trae aguijones de verdad para el coraje del soldado, le entrega el recado heroico, la voz elemental que morderá en la entraña propicia, y que no proviene de un continente sojuzgado y caballeresco, sino de tierras vírgenes, donde la vida se enfrenta a la muerte en un choque de implacable alternativa, en un juego insólito de poder y dominio. Don Alonso, en el trance tiene veintiún años y ciñe espada por primera vez, como lo cuenta en el canto XIII de *La Araucana:*

Yo con ellos también en el servicio
vuestro empecé y acabaré la vida,
que estando en Inglaterra con el oficio
que aún la espada no me era permitida;
llegó allí la maldad en deservicio
vuestro, por los de Arauco cometida
y la gran desvergüenza de la gente
a la real corona inobediente.

El fenómeno de la creación, máxime si es sugerencia del espíritu, guarda misterios de percepción que nos llevan a definir al hombre como un esquema íntimo del universo, condición que le permite recoger las secretas voces de anticipación que rondan sobre el mundo. Ello explica que la llama poética de Ercilla no haya prendido, siquiera como alarde palaciego, en medio de un imperio de arrogancias como fue el de Carlos V, en cuya corte don Alonso vivió desde niño a causa de la temprana muerte de su padre, noble de Bermeo, ciudad cabeza del Señorío de Vizcaya. Su viaje con la expedición de Jerónimo de Alderete, designado gobernador de Chile y adelantado con miras a sofocar la rebelión araucana que provocó la derrota y muerte de Pedro de Valdivia a manos de Lautaro, refleja una faceta evidente de esa anticipada y secreta voluntad atraída por la cabal imagen de lo heroico, negada al usual esplendor de la Corte y a los acicates del honor convencional. La trágica muerte de Alderete en Panamá apresura los designios del vate soldado, magnifica su cita con la imagen insomne, que ya empieza a realizarse en su mente excitada por los riesgos de la empresa y al conjuro de los cuentos, noticias y fantasmagorías oídos a los tripulantes y tropa que lo acompañan.

Luego, con iluminada decisión sigue a don García Hurtado de Mendoza, joven como él, y recién nombrado gobernador de Chile por su padre el virrey del Perú. Los expedicionarios arriban a la Mariquina y luego a La Concepción, ya asediada por las huestes araucanas.

Desde esta hora, don Alonso compromete su espada mientras su espíritu fluctúa entre el asombro y la lucidez creadora, pues, como lo presintiera, se estrella con un mundo de poderosa existencia y de peligro insólito. Tal choque, colmado de soberbia y mortal desprecio, lo transforma y lo acerca al adversario, creándose así, por capilaridad de potencias y fuego anímico, la emulación y la comunión de sangres de que se glorían los historiadores y la historia. El espíritu del poeta a duras penas reprime y acrisola la imagen fulgurante que se impacienta y dispara sobre el fondo de la selva austral. Por vía de revelación el vate soldado no se desdobla y, sí, se confunde en aquel todo que sólo cristaliza en el hombre templado por el destino. Escribe de noche, burlándose del sueño, pero alguna vez, en el suspenso del combate que

el sol ilumina, y al amparo de un pellín milenario, hilvana la estrofa en un trozo de cuero o un jirón de carta, «algunos tan pequeños que apenas cabían seis versos, que no me costó después poco trabajo juntarlos». Su ojo dispara más lejos y más hondo que la espada y de ello empieza a tomar forma la realidad y testimonio de este país enemigo, de su montaña coronada de volcanes y nieve, de su floresta, y asimismo, de su fuerza colectiva, su soberbia, su tesón, su fiereza, «pues los hijos —afirma el vate en el Prólogo— ganosos de la venganza de sus muertos padres con la natural rabia que los mueve y el valor que dellos heredaron, acelerando el curso de los años, antes de tiempo tomando las armas, se ofrecen al rigor de la guerra: y es tanta la falta de gente por la mucha que ha muerto en esta demanda, que para hacer más cuerpo y henchir los batallones, vienen también las mujeres a la guerra, y peleando a veces como varones, se entregan con grande ánimo a la muerte. Todo esto he querido traer para prueba y en abono del valor destas gentes digno del mayor loor del que yo le podré dar con mis versos».

Estas y otras verdades ganadas en el fragor de la batalla incesante, inciden y suscriben la historicidad de *La Araucana,* su integración vital y su fuerza anímica, que la rigidez de la octava real no logra amenguar. Algún comentador quisquilloso no vacila en negar autenticidad a ciertos episodios y arbitrios, tales como la prueba del tronco, los torneos a la europea, el tono culto y sujeto al troquel clásico de las arengas. El poeta pudo y puede mover y trasmutar con su fantasía bullente ciertos elementos del mundo original, en beneficio de la unidad armónica y la sugerencia, burlándose, olvidando o desdeñando un poco, en medio del trajín guerrero, ciertos rigorismos y códigos, aunque en ciertos casos haya obedecido, sin mucha malicia, al ámbito europeo, descuidando lo bárbaro, esencialmente el paisaje, que Ercilla relegó en frases anodinas, arrastrado por el torrente heroico.

> El tumulto de los combates, las peripecias individuales de las batallas, la sangre que corre por la tierra, el chivateo de los indios, el relincho de los caballos, anotados con minuciosa complacencia, tienen el fondo oscuro, incoloro, de un cuadro de la época o el de los relatos caballerescos.
>
> (MARIANO LATORRE: *Literatura de Chile.*)

Asistamos, empero, a la proeza de Caupolicán, mal negada por algunos:

> *Y el bárbaro en el hombro la gran viga,*
> *sin muestra de mudanza y pesadumbre,*
> *venciendo con esfuerzo la fatiga,*
> *y creciendo la fuerza por costumbre.*

Apolo, en seguimiento de su amiga,
tendido había los rayos de su lumbre;
y el hijo de Leocán en el semblante
más firme que al principio y más constante.
Era salido el sol cuando el enorme
peso de las espaldas despedía,
y un salto dio lanzándole disforme,
mostrando que aún más ánimo tenía;
el circunstante pueblo en voz conforme
pronunció la sentencia, y le decía:
sobre tan firmes hombros descargamos
el peso y grave carga que tomamos.
El nuevo juego y pleito definido,
con las más ceremonias que supieron
por sumo capitán fue recibido, y
a su gobernación se sometieron.
Creció su reputación, fue tan temido.
y en opinión tan grande le tuvieron
que ausentes muchas lenguas del temblaban
y casi como a rey le respetaban.
Es cosa en que mil gentes han parado,
y están en duda muchos hoy en día,
pareciéndoles que esto que he contado
es alguna ficción o poesía:
pues en razón no cabe, que un senado
de tan gran disciplina y policía
pusiese una elección de tanto peso
en la robusta fuerza y no en el seso.

(Canto II, Primera Parte.)

Se suman en *La Araucana* la soltura narrativa y la feliz evocación de tipos, lo que aleja sensiblemente la monotonía de la octava real. Aunque inspirado en los modelos clásicos, Ercilla exalta no a un héroe, sino a numerosos jefes que él conoció en la guerra de Arauco, nativos y españoles, dándoles —el autor lo explica— mayor relieve y ámbito a los primeros. Este ideal sobrehumano del héroe permite elevar el tono de *La Araucana* y decanta su rango.

Los estudiosos se preguntan por qué Ercilla no destacó a un personaje y al mismo tiempo señalan el significado de algunos versos iniciales para afirmar que el autor quiso rubricar por sobre todo las virtudes de dos razas en pugna con riesgo de la unidad del poema. Pensamos, al respecto, que Ercilla más bien impuso a su obra la continuidad sustancial de una crónica, animado por el afán de veracidad que él destaca en sus páginas, lo que no fue óbice para que su verbo alzase la imagen de los guerreros al plano universal y lograra asimismo una versión concertada de episodios cimeros. Al realizarlo, su genio, en

trance de conciencia, creó y fundamentó la integración de dos pueblos sin mengua del uno ni del otro, y al mismo tiempo renovó la epopeya, anticipándose a su concepción moderna. Siendo Ercilla español, el legado de su obra, por los motivos que anteceden, no podría ser eludido en el estudio de la literatura chilena. Porque es fenómeno y milagro de interfusión, de asimilación en carne y espíritu, a la tierra pasional y rebelde; es la transformación en el medio físico virginal, que permite el brote criollo, la definición de lo americano. Es el signo trascendente que Gabriela Mistral certifica y enfatiza cuando, ante la pregunta de si el premio Nobel que ella ha recibido vale como galardón para la lengua española, responde que significa el triunfo de la lengua criolla de América.

La esencia indígena del poema y su valía estética han debido gravitar en la creación literaria de Hispanoamérica y particularmente en Chile. Ello se manifiesta y valoriza en nuestro Pedro de Oña, educado y licenciado en Lima, ciudad donde publicó en 1596 su *Arauco domado,* poema escrito en octavas reales y destinado a ensalzar la figura de don García Hurtado de Mendoza, a quien Ercilla desdibujó en *La Araucana.* Pedro de Oña acusa la influencia de aquel poema, pero su escaso vuelo y la presencia de Góngora hacen de la obra un mediocre e impersonal acopio de lirismo bucólico y culteranismo, superado a trechos en las descripciones, particularmente las de índole amorosa, que traducen gozoso sensualismo. La narración es lenta y monótona. Dos obras posteriores, *El Vasauro,* en que exalta la vida de los Reyes Católicos y sus andanzas, y más tarde *Ignacio de Cantabria,* muestran la madurez del poeta, afinan su lirismo, si bien el afán barroco malogra el temple del estilo.

Hernando Alvarez de Toledo, poeta andaluz llegado a Chile por 1582 (1), merece sitio en esta perspectiva de gestación literaria en torno a las guerras de Arauco, con su crónica de intención poética, *Purén indómito,* en la que inmortaliza la figura del indio Pelantaro, quien como Lautaro lo hiciera en el siglo XVI con Pedro de Valdivia, logra en el siglo XVII dar muerte al gobernador Oñez de Loyola en terrible y enconada batalla a más de arrasar siete ciudades. Dussuel, en su *Literatura chilena,* califica la obra con rigor:

> La crítica le niega condición de poema épico. Aparece más bien como composición en verso de una crónica histórica en donde no existe invocación, máquina, majestad, nudo ni desenlace. La acción misma carece de héroe y de unidad y a cada momento se olvida de la narración para diluirse en digresiones que estropean el interés dramático.

(1) Se conoce su testamento, fechado en 1631.

Alvarez de Toledo ve al araucano no exento de bondades, pero no calla sus defectos y asimismo condena la crueldad y el atropello inicuo de que lo hace objeto el conquistador. Escuchemos la queja del indio en esta arenga:

Dicen que a su Dios de ellos que le amemos
y nunca jamás vemos que ellos le aman,
y que a su santo nombre no juremos
y ellos solos le juran y difaman:
el día santo mandan que guardemos;
mas para trabajar ellos nos llaman:
a nuestro padre y madre que le honremos
y a los suyos honrarlos nunca vemos...

Alvarez de Toledo supera a Ercilla, a Oña y a nuestros cronistas en el tono de condenación para el hispano.

El siglo XIX concentra en torno al movimiento espiritual y literario de 1842 la preocupación de los escritores por la temática aborigen. La nacionalidad, surgente en 1810 y afianzada ocasionalmente en 1812, invocaba en medio de las alternativas de la lucha, el ejemplo libertario de los héroes epónimos: Caupolicán, Lautaro, Galvarino, Colocolo, Elicura, Pelantaro y tantos otros. José Victorino Lastarria, al inaugurar la Sociedad Literaria el 3 de mayo de 1842, incita a los poetas y prosistas para crear una literatura auténticamente nacional, desde que las guerras de la independencia y las contiendas de Arauco, unidas a la gestación política, económica y social establecían la vigencia de un espíritu criollo que se vigorizaba y enriquecía a todas luces.

> Que la nacionalidad de una literatura consiste en que tenga una vida propia, en que sea peculiar del pueblo que la posee, conservando fielmente la estampa de su carácter, de ese carácter que reproducirá tanto mejor, mientras sea más popular...

La generación del 42 anota valores diversos, algunos de actual vivencia: José Victorino Lastarria, iniciador del cuento; José Joaquín Vallejo (Jotabeche), ágil y agudo en sus *Artículos de costumbres;* Eusebio, Lillo, Francisco Bilbao, Salvador Sanfuentes. Este último, poeta destacado, vierte el tema aborigen en su leyenda *Inami o Laguna de Ranco,* que canta las penas de una india, hija de cacique, enamorada de un español; autor también de *Huentemagu* y *Ricardo y Lucía o La destrucción de Imperial,* que imita *El cautiverio feliz,* de Pineda y Bascuñán. Más adelante, la poesía y el relato novelesco sustancian una generosa cosecha inspirada en la tipología indígena y la geografía, donde selva y cordillera alcanzan presencia cimera. Los últimos toquis de la contienda histórica y aquellas figuras que deslumbraron la bizarría de Ercilla, junto a otras que el vate olvidó, atizan la

llama poética de Guillermo Blest Gana, Pedro Nolasco Préndez, Pedro Antonio González, Samuel Lillo y Diego Dublé Urrutia. Pedro Antonio González nos da en su caudaloso poema *El toqui* la gesta del curaca enviado por el Inca Dios contra el araucano, volcada en estrofas sonoras y galopantes, henchidas de aquel pasado sobrehumano de bravura y de selva embrujada. Samuel Lillo burila sus briosas y límpidas *Canciones de Arauco* y en ellas el indio, huraño, agobiado por el huinca, masculla su tristeza y su despecho. En *El último cacique* expresa:

En su soberbia cabeza
aún conserva la fiereza
y la altivez del león.
Su rostro terso sin vellos;
negros los lisos cabellos.
símbolos de su vigor.
. . . . . .
Aún se figura escuchar
los hurras de sus vasallos,
del incendio el crepitar,
los disparos de fusil
y el correr de los caballos
cargados con el botín.

Y este enfoque, donde el sol candente, muerde en el destino de la raza abandonada:

Sobre el dorado tapiz reseco
de los lomajes, llamea el sol,
y en el camino que, hondo y angosto,
la falda corta, como un cequión,
jinete, un indio, camina al paso,
sumido en dulce, blando sopor.
Sus anchos hombros, su contextura
de recios miembros, recuerdan hoy
a los atletas de aquella raza
que mató el hierro del alcohol.
Una india joven camina al lado
a pie entre el polvo que echa el bridón,
como el humilde perro que sigue
al campesino por el alcor.
. . . . . .
Interminable la carretera
sin una sombra, sin un frescor;
ella agobiada como una bestia;
él, dormitando sobre el arzón.

Diego Dublé Urrutia, cuya vernácula frescura irrumpe plena en nuestro siglo, conjuga las añoranzas de su tierra, Angol, cargada de épica leyenda:

¿Conocisteis, tal vez, las tierras viejas
donde más de un cantor templó su lira,
donde adornan las hembras sus orejas
con pendientes de plata y de chaquira?...
¿Habéis subido a la región lejana
donde pintan la espiga y la manzana,
donde aroma el culén, germina el liuto,
y, al tiempo del otoño, dan tributo
colgados de los trémulos coligües
como lirios de sangre, los copihues?...
¿Sabéis de Arauco, de su león vencido?...
Pues allí, bajo el sol, tembló mi nido
cuando rompían las indianas fieras
sus enseñas y lanzas postrimeras.

Tras esta ráfaga bravía y fresca como el surazo, la lírica enmudece, acosada por las incitaciones del modernismo y de la introversión; un pudor monjil y remilgos de damisela la hacen desviar los ojos de lo autóctono y de la naturaleza libre, factores éstos que conformaron la nacionalidad medular. Recordemos que la novela y el cuento escritos en Chile por ese tiempo mostraban parecido rechazo y se ufanaban copiando la hechura y atisbando el espíritu francés. Todo lo que no se mirase en el arquetipo pasaba por grosero y repudiable. Aún hoy sigue siéndolo en ciertos reductos de la cursilería y el esnobismo. Han debido transcurrir varias décadas para que nuestros poetas más altos y mejor definidos, al emprender la ensoñada aventura del regreso desde su cosmos inefable, chorreando lívidas penumbras, cargados de presentimientos y pesadillas, hayan empezado a respirar el milagro de la tierra, de nuestra tierra. Gabriela Mistral, holgando en sus distancias terrestres, dialoga con los dioses de la América india —el azteca, el maya, el incaico, el diaguita, el araucano—, estruja sangre nuestra, magia nuestra, desde *Desolación* a sus últimos *Recados*. La huella bárbara es onda broncínea en su canto:

Lago Llanquihue, agua india,
antiguo resplandor terrestre;
agua vieja y agua tierna,
bebida de la vieja gente:
y en tu pecho de marinero
tatuado de señales verdes.
Agua sobrenatural
que eres lo que no eres,
Santo del agua de Chile,
que tienes lo que no tienes:
cargas lo mismo que el Toqui
tus orillas por mujeres
y la carga verde llevas,
heroico sobre la frente.

Bebo en tu agua lo que he perdido:
bebo la indiada inocente;
tomo el cielo, tomo la tierra,
bebo la patria que me devuelves.

Pablo Neruda, desde *Crepusculario* (1923), pulsa en tres incitaciones que determinan y establecen su proceso poético y humano: el amor, la angustia del hombre enfrentado con un mundo que se destruye sin descanso, en combustión creciente y sin esperanza cierta, y el mensaje insondable de la naturaleza vernácula, terrestre y marina. El sentimiento y el hálito, por secreto influjo del mundo genésico en que respira el poeta, se encaminan hacia la imagen que los exprese en una violenta rebelión subjetiva, principio creador para un mundo de acento potencial y oscuros y caóticos símbolos, embriagado por instantes de alucinadas formas y colores. En *Residencia en la tierra* la razón violenta las zonas interiores de la fantasía, interroga al mundo, y la poesía, al expresarlo, entrega voces indefinibles, ideas trizadas por resplandores. El dolor y la muerte descomponen su gama y sus desnudos contrastes en brioso y permanente oleaje. En *Odas elementales* y *Canto general de Chile*, el mundo sensorial ensaya sus fugas cósmicas, alimentando los abismos, a veces oscuros, a veces iluminados del poema. La palabra salta y mueve lo inerte, se conjuga lo inconjugable y es el subconsciente con su mutable angustia el que irrumpe sobre la trama del acontecer. El destino histórico de la tierra patria y del habitante originario es razón y magia en el verso que oscila entre el «yo acuso» y el fervor heroico. En la tercera parte del *Canto general...*, dedicada a los conquistadores, nos descubre a Ercilla en este resplandor de imágenes:

Hombre, Ercilla sonoro, oigo el pulso del agua
de tu primer amanecer, un frenesí de pájaros
y un trueno en el follaje.
Deja, deja tu huella
de águila rubia, destroza
tu mejilla contra el maíz salvaje,
todo será en la tierra devorado.

Sonoro, sólo tú no beberás la copa
de sangre, sonoro, sólo el rápido
fulgor de ti nacido
llegara la secreta boca del tiempo en vano
para decirte: en vano.

En vano, en vano
sangre por los ramajes de cristal salpicado,
en vano por las noches del puma
el desafiante paso del soldado,
las órdenes,

los pasos
del herido.
Todo vuelve al silencio coronado de plumas
en donde un rey remoto devora enredaderas.

(Canto XXII.)

En la parte IV canta a los libertadores con acento alucinado y fuego demoledor. El toqui Caupolicán destroza el viento con su destino:

En la cepa secreta del raulí
creció Caupolicán, torso y tormenta,
y cuando hacia las armas invasoras
su pueblo dirigió,
anduvo el árbol,
anduvo el árbol duro de la patria.
Los invasores vieron el follaje
moverse en medio de la bruma verde,
las gruesas ramas y la vestidura
de innumerables hojas y amenazas,
el tronco terrenal hacerse pueblo,
las raíces salir del territorio.
. . . . . .
Otros árboles con él vinieron.
. . . . . .
Toda la raza de ramajes rojos,
todas las trenzas del dolor silvestre,
todo el nudo del odio en la madera.
Caupolicán, su máscara de lianas
levanta frente al invasor perdido:
no es la pintada pluma emperadora,
no es el trono de plantas olorosas,
no es el resplandeciente collar del sacerdote,
no es el guante ni el príncipe dorado:
es un rostro del bosque,
un mascarón de acacias arrasadas,
una figura rota por la lluvia,
una cabeza con enredaderas.
De Caupolicán el Toqui es la mirada
hundida, de universo montañoso,
los ojos implacables de la tierra,
y las mejillas del titán son muros
escalados por rayos y raíces.

(Canto V.)

Luego, con acentos de revelación prepara la insurgencia de Lautaro:

La sangre toca un corredor de cuarzo.
La piedra crece donde cae la gota.
Así nace Lautaro de la tierra.

(Canto VIII.)

Lautaro era una flecha delgada.
Elástico y azul fue nuestro padre.
Fue su primera edad sólo silencio.
Su adolescencia fue dominio.
Su juventud fue un viento dirigido.
Se preparó como una larga lanza.
. . . . . .
Se hizo velocidad, luz repentina.

(Canto IX.)

. . . . . .
Atacó entonces Lautaro de ola en ola.
Disciplinó las sombras araucanas:
antes entró el caudillo castellano
en pleno pecho de la masa roja.
Hoy estuvo sembrada la guerrilla
bajo todas las olas forestales,
de piedra en piedra y vado en vado,
mirando desde los copihues,
acechando bajo las rocas.
Valdivia quiso regresar.
Fue tarde.
Llegó Lautaro en traje de relámpago.
Siguió el Conquistador acongojado.
Se abrió paso en las húmedas marañas
del crepúsculo austral.
Llegó Lautaro,
en un galope negro de caballos.
La fatiga y la muerte conducían
la tropa de Valdivia en el follaje...
Se acercaban las lanzas de Lautaro.

(Canto XI.)

Angel Cruchaga Santa María mece las imágenes de la epopeya araucana decantando símbolos en una constante aurora de transparencias y fervores. En *Rostro de Chile* (1955) el verso raudo alumbra la histórica gesta:

Hollando la hojarasca de los bosques,
en sus caballos de huracán y fuego
aparecieron entre resplandores,
músicas y corazas, los iberos.
. . . . . .
Y en Tucapel, don Pedro de Valdivia
cayó envuelto en los pliegues de su honra
y en Curalava deshojó la vida
el vascongado Oñez de Loyola.

Caupolicán gana verdad y mito en este urdir luminoso:

El toqui está en la ruca, en el rodar del río,
en las ramas del roble que detienen el día.
Parece que los años de musgo lo han vestido
venciendo vendavales allá en la Araucanía.
Sobre sus hombros crecen los piñones maduros
y hay enredaderas para tocar sus sienes
y golpea un tambor responsos de otro mundo
para Caupolicán en la quebrada verde.

Asimismo, nos llega su presencia de Lautaro:

Venció todos los peligros
la marea de su arrojo
que lamía el horizonte
con un aletazo torvo
y lo seguían los pájaros
y bajo un palio sonoro
la hueste suya pasaba
en un perfume de boldos,
mientras se desataban
en un morir los arroyos.
Lautaro era lanza y chispa,
carrera del tiempo heroico
bajorrelieve nacido
bajo los muros del odio:
la sangre de Araucanía,
recio flujo del encono,
resplandor de las quebradas
férvido avance de un potro.

Un vuelo romántico, de rauda cadencia, convierte el poema de Ignacio Verdugo Cavada, *Los copihues rojos,* en sazonada gema del fervor terrígeno y vegetal. Cierta composición musical inspirada en el texto le ha conquistado el halago de las multitudes y la difusión universal. La sencilla y fresca fluidez del verso se gana el espíritu como una confidencia:

Nací en las tardes serenas,
de un rayo de sol ardiente,
que amó la sombra doliente
de las montañas chilenas;
yo ensangrenté las cadenas
que el indio despedazó,
las que de llanto cubrió
la nieve cordillerana:
¡yo soy la sangre araucana
que de dolor floreció...!

Mis flores rojizas son
pupilas en acechanzas;
son como puntas de lanzas
entre el polvo del malón...
Y cuando sin compasión
me arrastra el viento en la vega,
soy arrebol que se pliega
y que presagiando está
no la tarde que se va
sino la noche que llega.

La poesía joven, que aventura un lenguaje para el espíritu herido y distorsionado por los efectos de este tiempo tecnológico y apremiante, se da respiro y despliega su fervor y su pupila exhaustiva en la tierra madre, siempre generosa, donde viven los rebrotes de la raza heroica. Valioso entre otros, Luis Vulliamy entrega desde sus primeros poemas y páginas en prosa el mensaje fresco y robusto del Sur urdido en el drama de una realidad humana sin tregua. El libro *Ritual del hombre inquieto* (1954) preconiza la línea futura del autor. Claudio Solar, autorizado ensayista, expresa en el prólogo:

> Su obra posee esa sinceridad, emoción y densidad de la tierra de donde él viene como una prolongación del árbol que limita con las estrellas.

En el canto IX del libro anotado, leemos:

Descienden la cuesta los cansados hombros de los araucanos,
no es apolínea su estampa endurecida por el medio vertical,
ni gallarda la prestancia que les diera la selva milenaria,
bajan sencillamente porque no es el tiempo y es necesario caminar.
... ...

Yo apelo a ti, Gnnechén, que moras en volcanes,
desde siglos incontables abrigado en mantos de nevada roca,
pues quiero saber, de qué fórmula de pena, de qué ingrediente arcano,
se formó el agua dolorida que mira por los ojos autóctonos.
... ...

Pero no debes seguir arrojando la arcaica lava de tu ira,
contra el ferrocarril, el aserradero, el trigal o el molino,
ni tus miserias a una desesperación inútil y premeditada,
porque el tiempo de los que sufren ha llegado hasta tus plantas,
y los pobres y discriminados se unen llamándose hermanos;
su voz es tan vieja como el trueno de todos tus tiempos,
fresca como la sangre que fluye en tu potente corazón.

En su segundo libro, *Los rayos caen sobre la yerba,* una brisa ligera e íntima dice de la ternura amorosa del indio. Son treinta y tres poemas y un adiós, que reflejan y simbolizan los días del mes y el Año Nuevo mapuche. El autor usa los numerales mapuches para designar cada poema. Así, en el numerado «Mari Meli» [14], dice:

El sol es para el día,
la luna para la noche.
Si traban su camino
oscurece de golpe.
Pero el hombre y la mujer
cuando se aman,
tienen que vivir juntos.
Son como el sol y la escarcha,
palpitando en una hoja.

En el numerado «Epu Mori» [20] hay color y gracia íntima:

Roja y gris la lloica tiene
copihues derretidos en el pecho.
La torcaza con cortezas secas
va abriendo un túnel en el viento.
Con paja y nieve fundieron
las plumas de pitíos y pidenes.
Tú eres un pájaro blanco.
Silvestre y lejano. Suave
como esos ecos extraviados
que los bosques devuelven
en los atardeceres.

La emoción, embelesada en las imágenes, nos retiene en el poema «Kula Meri Kiñe» [31]:

Los copihues están quietos.
Descansan porque las lloicas
les bebieron la sangre.
Ayer te traje una brazada de copihues.
Sus pétalos, como el agua clara,
reflejan tu rostro
semejante a las espigas y los ulmos.
Desde ahora, cuando mires el cielo,
la brisa comenzará a susurrar en los pitrantos.
Hoy nadie sabe todavía por qué cantas
cuando pasan los pájaros.

☆

Durante el siglo XIX, los afanes propios de un país que busca su formación política, económica y social, afectaron la producción poética y restringieron la obra de los narradores. Alberto Blest Gana es el novelista de este siglo y, por ende, el primero de magnitud indiscutida. Sus obras *Durante la Reconquista, Los trasplantados* y *Martín Rivas* lo atestiguan. Escribió asimismo la única novela de cierta valía en su tiempo, ambientada en la vida indígena: *Mariluán,* si bien su tema fantasista e idealizador la ubica en la tendencia indianista con algún ribete de piedad redentora. Cuenta el amor de un indio con una mujer blanca.

Jotabeche enfoca al araucano y su ambiente en *El último español en Arauco,* episodio en que la técnica del artículo de costumbres, habitual en el autor, se enriquece y gana la calidad del cuento. Alberto del Solar escribe la novela *Huincahual* con trama y tipos falseados por un romanticismo insípido. La misma temática anodina caracteriza a Francisco Subercasseaux en sus relatos *Alli-Pan* y *Milla-Lonco.* Pedro Ruiz Aldea logra un acento realista en el cuento *Compra de araucanos.* Enrique del Solar valoriza al indio en sus *Leyendas y tradiciones,* donde hay relatos bien documentados.

El siglo XX caracteriza la irradiación de una nacionalidad asentada. La vida intelectual y artística tonifica una conciencia de lo propio y trascendente y apresura el examen y la validación de nuestra historia y de un pueblo nuevo que es su secuela cuajada de promesas.

La novela y el cuento muestran desembozada preferencia por el tipo mestizo —el huaso y el roto— como personaje medular. Los factores que ya anotáramos alejaron al indígena del primer plano en la creación literaria, plástica y musical. Sin embargo, el hechizo de la historia araucana, y más tarde el sombrío drama que soporta nuestra minoría indígena pura han inspirado, en lo que va transcurrido del siglo, una producción literaria encomiable. Baldomero Lillo, que magnifica la década del 900 en dos libros de cuentos, *Sub-terra* y *Sub-sole,* afirma su realismo crítico en el relato *Quilapán,* que describe el drama de un cacique despojado de su tierra por un dueño de fundo con ayuda de la autoridad. Joaquín Díaz Garcés, el brillante cronista de *Páginas chilenas,* nos brinda los relatos *Por una vaca* y *El dolor de Arauco,* facetas de la difícil supervivencia del aborigen.

La generación del centenario anota de nuevo a Víctor Domingo Silva, poeta, dramaturgo y narrador de vena realista romántica. El novelista de *Palomilla brava* y *El cachorro* resuelve el tema indígena en *El mestizo Alejo,* en que la figura barbarizada del héroe, nacido de cacique y cautiva española, alcanza escorzo legendario. Su aventura guerrera, originada en Concepción, vive en el relato henchida de varonil

soberbia, de osadía y de predestinación. La incidencia amorosa que pulsa su melodía bajo el galopar belicoso, recuerda al poeta y al emotivo novelador de *Golondrina de invierno.*

He aquí una nota épica:

> Ñanku, ensoberbecido de sus recientes triunfos, al frente de sus dos mil jinetes que avanzan en dos largas columnas, parece dueño del campo, de la montaña, de la tierra toda. Erguido en su fogoso retinto, flamean al viento las puntas de su trarilonco y relucen al sol la platería de sus arreos, el bronce de los clarines y los detonantes colores de mantas, chamales y banderas. Tan formidable es la impresión que produce de fuerza y dominio, que algunos soldados, fuera de sí, vuelven grupas en demanda de Yumbel.

Mariano Latorre, a quien debemos la incorporación del Sur al relato literario, enfocó aquí y allá, con perspectiva y efectos diferentes, la existencia del indio. Ferviente descriptor de la naturaleza, fija algunos tipos perdurables en sus jugosos y exuberantes cuadros. En su libro *Mapu,* colección de cuentos e imágenes breves, destacan por la densidad del trazo y del color, los relatos «La cola de l'Escura», «El yerno de Marinao», «Marimán y el cazador de hombres» y «La vaquilla de Huenchulif». El estilo yuxtapuesto, rico en detalles y matices, se dinamiza en «Marimán y el cazador de hombres», fustigado por el carácter del protagonista, un salteador mapuche, escurridizo y siniestro. En «La vaquilla de Huenchulif» se expresan mejor las virtudes plásticas del autor de *Zurzulita, Cuna de cóndores* y *La isla de los pájaros.* Tal se ve en este enfoque:

> En la falda, aún en sombra, amontonábanse las rucas de los mapuches. Delante de ellas, un roble solitario, sin la rígida disciplina de la selva, se abría en varios brazos robustos, semejante a un candelabro inmenso. Un trigal, cercado de troncos negros y ramas secas, concentraba toda la luz de la mañana. Dentro, un individuo viejo, de bigote colgante y perilla oscura, cortaba espigas. Astudillo allegó su caballo a la cerca. El indio no levantó la cabeza, inclinada a la tierra, aparentemente absorbido en su labor.

Pedro Prado (1886-1952), el novelista de *Un juez rural* y de *Alsino,* dos obras de concepción y medida disímiles, pues la segunda entra en la perspectiva del poema novelado, se define como un temperamento lírico de rica imaginación. Sus poemas en prosa *Los pájaros errantes* y sus sonetos de *Canto de las horas* hablan de su fina y retenida emotividad. Su aporte a la creación indigenista se valoriza en *La reina de Kapa Nui,* ensoñada visión de aquella isla chilena, de sus mitos, sus

costumbres y las angustias de la vida presente. El amor, el odio, la impasividad ante la muerte, se conciertan en imágenes que caminan sobre el misterio de la isla, de su remoto pasado oculto bajo el ceño de su mohais.

La generación del año 30 cuenta en mayor número a los cultores del tema indígena, sea éste de inspiración pretérita o extraído de la realidad presente. A través de temperamentos ya definidos, el criollismo indigenista ha conquistado una dimensión estética forjada sobre el contenido humano propicio a la obra integral de fuerte tonalidad. Naturalmente, algunos novelistas o cuentistas sólo han rozado el tema, pero así y todo en sus páginas escucharon la voz de la tierra describiendo tipos integrados en el grandioso ambiente que los excitaba. Luis Durand, nacido en los alrededores de Traiguén, urde en la novela *Frontera* un testimonio de aquella región aún virgen en los comienzos de la colonización. Si el indio Domingo Melín que figura en la novela, carece del relieve que el tema se merece y sólo se mueve en segundo plano junto al personaje central, Anselmo Mendoza, el ambiente salvaje entramado alrededor de ambos por la selva traidora, el clima y la desatada animalidad del hombre —mercachifle, salteador, cuatrero, hacendado, obrero o peón— adquieren el acento decisivo que sostiene la estructura del libro. La turbulenta densidad del conjunto, donde asoman ripios y respinga la desmañada costura de la prosa, no ahoga su salpimentado sabor ni la emoción desbordada de algunas escenas. El cacique Melín se dibuja allí con su estampa complaciente y amiga frente al mundo brutal de donde proviene.

Reinaldo Lomboy, en su novela *Ranquil,* sombría epopeya de pobladores en la selva sureña, perfila la briosa figura del cacique Maripe, que con sus mocetones se suma a la rebelión de los campesinos, soñando como éstos en el triunfo de la justicia. Surge asimismo en claroscuro, la estampa de la machi Cantrilao en trance de curar a una mujer de mal desconocido.

> El corazón mapuche recordó también la vejación de siglos y resurgieron en él los dormidos instintos del malón. El cacique Maripe, a toques de cuerno como en los días en que sus antepasados opusieron el pecho a los fusiles «Comblain» de las tropas chilenas, frescas de guerrear en el Perú, que se metían por los vericuetos cordilleranos en son de «pacificación», convocó a sus mocetones al *koyag.* Reunidos en la espesura de los montes, bajo el símbolo ancestral de las araucarias erectas, Maripe inició el ritual con la frase consagrada...

Juan Marín, en *Paralelo 53, Sur,* da solvencia humana, en capítulos de fuerte sabor, al indígena del extremo austral. La escena de la tribu yagana, ocurrida durante la visita del comerciante blanco, que llega

cargado de provisiones, entre ellas mucho aguardiente, tiene un vigor apasionante y terrible. Asoma allí el tenebroso espíritu de aquellas frías y crueles latitudes. El escritor quizá en este capítulo mejor que en el resto del libro, ha logrado la vibración entrañada del hombre que no puede describir intelectualmente:

> Cuyumatu es el único a quien el aguardiente ha puesto taciturno. Tendido en un rincón mira y observa las actitudes de su mujer, que ha vuelto a acercarse al español y lo tiene cogido de ambas manos.
>
> —Tú dar más huachacay a Cuyumatu —le dice al oído— y estar conmigo después. Dormir juntos toda la noche... Tú estar conmigo todo el tiempo y regalarme lindas cosas.
>
> Los vuganes han empezado a entonar su canto guerrero, un himno lúgubre lleno de resonancias de mar y de soledad de cordilleras: «Y de lo alto de la montaña Alaú bajó, y dijo a sus hombres: nos iremos de caza. Alipentú. Alipentú. Otumba miama yá.»

Francisco Coloane, el autor de *Cabo de Hornos* y *Tierra del Fuego,* prefiere el bizarro perfil del aventurero, el contrabandista y el dominador de las salvajes latitudes australes. Toca así, de pasada, en firmes trazos, la acosada realidad indígena que allí agoniza. En *Tierra del Fuego* encontramos este cuadro:

> Sobre este colchón de musgos y de líquenes se levanta una fronda exuberante de robles, canelos, cipreses y laureles. Sólo sus playas y recodos repletos de mariscos y peces han permitido que se refugie allí una raza también primitiva, los alacalufes... ¿De dónde vinieron esos hombres primigenios? ¡Nadie lo sabe! Después de atravesar los desérticos y tempestuosos mundos de agua del Pacífico Sur, ellos son los primeros seres humanos que llegaron a refugiarse en ese oasis helado entre los paredones andinos horadados por el mar. Diferentes de los aborígenes magallánicos, recibieron de los yaganes de la Tierra del Fuego la curiosa denominación de «hombres occidentales con cuchillos de concha», que es lo que significa «alacalufes». El hombre blanco llevó a ese mundo virgen el alcohol y la sífilis y aunque degenerados todavía conservan el rito de cortar el cordón umbilical del recién nacido con una concha de choro.

Osvaldo Wegmann define una tónica realista de notable solidez, expresiva en sus libros mejor urdidos, *Tierra de alacalufes* y *El sueño del ballenero,* cuentos, y *La tierra de las discordias,* una novela de las islas australes. Certero evocador de aquella naturaleza ilímite y despiadada, mueve en ella sus tipos, indios de los canales o de las islas, mestizos, lancos codiciosos y estiales, con notable soltura y relieve, creando esa integración de elementos que planifican el relato y le dan valía artística. Su realismo queda superado por la penetración inelu-

dible del ambiente y su violencia apocalíptica. El indio, perseguido, huidizo, fantasmal, se desvanece en la fuerza caótica de los mares y los vientos. El relato fija, desnuda, confronta, y bajo esa luz crea estados de emoción y de conciencia:

> Sin complicaciones ni refinamiento, aunque no sin finura —dice Alone sobre *El sueño del ballenero*—, Osvaldo Wegmann narra hechos observados y vividos, con un mínimum de elaboración, compone un cuento al modo clásico, armado de principio, medio y fin que entra inmediatamente en materia y no la sutiliza ni retuerce sino lo indispensable... Lenguaje claro, directo, sencillo... Las sensaciones se atropellan, cada rasgo con su línea y su color.

He aquí una escena:

> Una mañana, poco antes del mediodía, don Chuma se extrañó al advertir que por el pequeño canal, entre la isla Carrington y la península Steines, pasaban cuatro curiosas embarcaciones. Eran rudas y pequeñas, tripuladas por individuos morenos y peludos, confundidos con una cantidad de perros flacos de pelo hirsuto. Se trataba de indios alacalufes, que avanzaban en dirección al puerto, donde se encontraba el rancho de Gabriel Díaz, en el que en esos momentos estaba el indio Bartolo.
>
> Don Chuma se hallaba intrigado. Suponía que los visitantes andaban de cacería y que no traerían malas intenciones; pero se le ocurrió que al ver a Bartolo sin compañía, intentarían despojarlo de las provisiones, como habían hecho ya en otros lugares. Llamó a uno de sus hombres y le entregó un revólver. Descolgó su carabina y marcharon en dirección al rancho del vecino, apresurados por la pedregosa playa.
>
> *(La tierra de las discordias.)*

El quehacer literario de Nicasio Tangol se ofrece en una alternativa sin debilidades. Mientras la inquietud social y la protesta desbordan las páginas de *Carbón y orquídeas* y *La plegaria de las bestias* se vuelcan en *Huipampa, tierra de sonámbulos* y *Magachka,* las fuerzas tenebrosas del ancestro aborigen y los ímpetus de la naturaleza ambiente, divinizada en su océano, en sus tortuosos canales, donde medran los malos espíritus. El animismo alucinado que nos turba en *Huipampa* se confunde en los cuentos de *Magachka,* donde alumbra la agonía del pueblo ona y del pueblo yagaán con el afiebrado llamear de la leyenda y de lo insólito.

Entre los narradores más jóvenes está Luis Vulliamy, ya citado en la poética de expresión aborigen. Nacido en el sur indígena, su sangre extranjera ha recibido el oxígeno de la montaña virgen y el soplo de las cumbres tutelares de su provincia. El trabajo de sus mayores lo ha hecho convivir con el mapuche y hablarle en su lengua. La exis-

tencia actual del indígena no tiene secretos para él y lo revela en libros certeros, fluidos, de tensa humanidad, como *Juan del Agua* y *Piam,* en que las penas y sudores del indio, su lucha permanente contra el huinca, el ulmen y la autoridad abusiva, se suman a las veleidades de la naturaleza, a veces más cruel que el hombre. El autor muestra virtudes de narrador neto, en las cuales el equilibrio y la medida contribuyen al logro de una prosa ágil, robusta, bien matizada, que define tipos y ambiente con grata lucidez.

Del cuento *La yunta:*

> En vano Menche (el hijo mayor del viejo mapuche) explica que venderán los bueyes, viejos y sin rendimiento, para comprar un novillo que, una vez amansado, no faltará quien lo tome a medias para completar una buena yunta de trabajo.
>
> —Tendremos así la posibilidad de cultivar el terreno...
>
> —Trabajaremos los bueyes todavía —concilia el anciano—. Quizá ellos y un poco de suerte nos den para comprar otra yunta.
>
> Menche y las mujeres mueven la cabeza, pero como siempre acatan la voluntad del viejo.
>
> Llega un nuevo invierno. La lluvia y el viento azotan el techo de la ruca y se alejaban ululando hacia el río. Rudecindo pasa una mañana a decirles que se marcha a tentar fortuna: pide que lo olviden porque buscará lejos lo que le mezquina la tierra. Santos Epueque calla y las mujeres lloran; Menche le desea éxito y, mientras lo observa alejarse hasta que lo ocultan los lingues de una vuelta del camino, el interés de imitarlo roe su pensamiento. Resignadamente, bajo una lluvia fina y monótona, camina a buscar la yunta que encerrará con las ovejas en la intemperie del corral.

Fernando Alegría, fincando en la vieja epopeya de la rebelión araucana, ha vertido en los espacios de una novela vívida el carácter y destino del indio vencedor de Pedro de Valdivia. *Lautaro, joven libertador de América,* reúne las virtudes de la novela cabal-trama excitante, acción, suspenso, sobre un fondo virginal y bárbaro. Enfrentado a la figura legendaria, el escritor ha desbordado los contornos fluctuantes de la tradición y del testimonio histórico para embelesarnos con una aventura casi mágica, pese a su fuego épico y a la rudeza del medio. El perfil psicológico del indio insumiso, sus reacciones ante el sino adverso, atisbando el misterio de las cosas, su irradiación superior e inspirada se conjugan en este sobrio y encendido relato urdido en grandes y luminosos trazos que muestran la condición humana y la tierra fundidas en un recio símbolo de tiempo y espacio.

Leemos:

> De pronto se halló solo, privado de toda ayuda, incomprendido y prisionero de la desconfianza, del miedo y de la apatía de sus hermanos de raza. Desde que abandonaron Arauco y, avanzando por la

costa, entraron en contacto con las tribus del país central, él había notado que un nuevo mundo iba a ser el escenario de sus hazañas. Ya no era la selva poderosa, gigantesca, mítica, de Arauco; la selva que que había ahogado a los incas y que había perdido a Valdivia; ya no eran las gentes rudas y valientes, nacidas para la guerra, criadas en el campo de batalla y amantes celosas del suelo patrio.

... ...

Poseído por el furor de la guerra y la satisfacción de la victoria, no deseaba más que avanzar, y avanzar sin dar tregua al enemigo. Se le veía activo, dinámico, siempre alerta, organizando, preparando planes e imaginando batallas. En sus ojos ardía una inquietud casi trágica, era un fatal apresuramiento, una prisa por llevar a cabo sus ideas de inmediato y en forma espectacular; parecía como si en el fondo de su alma hubiera sabido que su vida iba a ser corta, que su existencia estaba resultando demasiado precoz y genial para que durase un largo tiempo.

De Lautaro Yankas, dice Mariano Latorre en su *Literatura de Chile:* «Un viaje al Sur le reveló el drama de la frontera, que ha determinado el carácter futuro del novelista.» Luego expresa: «Una verdadera novela de la vida de los araucanos actuales no existía en la literatura chilena hasta la aparición de *Flor Lumao.* Se escribieron cuentos o novelas cortas, en que aparecía el indio o inquilino de los latifundios del Sur; pero no un relato extenso y bien documentado.» Agreguemos que *Flor Lumao* inicia el ciclo indigenista, hoy ya realizado por el escritor. El segundo libro, *El último Toqui,* eslabona la historia de la última resistencia araucana en vísperas de la fundación de Temuco en 1881. Cierra la trilogía *El vado de la noche,* novela con que gana el Premio Latinoamericano de Literatura de la Unión de Universidades del Continente, en 1954. El ensayista Antonio Pagés Larraya se refiere a *El vado de la noche,* en el diario *La Razón,* de Buenos Aires:

Se ha tratado de caracterizar la novela como neocriollista, por el sentido dinámico y moderno con que se enfocan tipos y paisajes. Al lector desprevenido, al hombre común, esta novela habrá de gustarle por motivos muy ajenos a las polémicas de escuela... El mapuche es el personaje de Lautaro Yankas. Allí está sobre sus últimos retazos de tierra: la reducción. El novelista lo capta en figura, ámbito y lenguaje. No opina y ésta es una de las mejores condiciones de su novela... El autor equilibra con rara imparcialidad los elementos de juicio... *El vado de la noche* no es un tratado de sociología ni un alegato racial, sino una obra de arte, una novela.

El escritor ensayista Fernando Durán, expresa:

Escrito con vigor y con recóndita pasión, no se pierde en vanas palabras ni en extravíos líricos. Su emoción es idéntica con su movimiento y aunque posee un substrato sociológico, no lo separa del relato,

sino que lo derrama en el cuadro, en los protagonistas, en el conflicto.

Penetra, entiende, analiza, pero recoge todo esto en un fresco amplio y expresivo, en un bloque duro y fuerte.

He aquí un pasaje:

«Noche cerrada, ventolera, agua filante, tupida, embrujada. La bestia cruzó la loma por atrás, tomó a campo traviesa y José escondió la cara en el cuello de su poncho peludo, asomando los ojos sobre el turbio horizonte que le salía al paso en cada repliegue del campo. Así caminó una hora y más. El tranco de la bestia se ablandó, tomó su ritmo ágil, legüero, y el hombre descansó en una ancha cama de paz, de confianza, donde vinieron a jugar los recuerdos y empezaron a moverse los deseos. Desde el guillatún sus venas parecían reventar en un brutal empuje de vida y de muerte, como si alguien lo provocase en los abismos de su sangre... Su hembra estaba ahí, mansa, incansable, sufrida, con sus lomos tibios, su vientre suave y firme, para que él reposase su fatiga, su bravura y su deseo. Algo le decía que la hembra y la bestia que lo llevaba esta noche se sumaban en esta espera ansiosa y ebria de querencia.»

LAUTARO YANKAS
Julio Prado, 1.659
SANTIAGO DE CHILE